

El Sacramento del Altar es el sol de las almas

La comunión es la vida, la fuerza, el calor y la luz de las almas

Jueves Santo:

“Aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum”. Mi corazón de ha secado porque se me ha olvidado comer mi pan (Sal 101, v.5)

Cristianos de mi corazón: Habréis visto alguna vez una Primera Misa en esta Iglesia. Día grande, día alegre, día agradable (=placentero), se hace fiesta aunque sea día laborable. Todos suelen querer acudir a esa función religiosa. Y eso ¿por qué? ¿Acaso sucede algo extraordinario? Sí. Mirad el altar. El Señor ha elegido como vicario suyo a un hijo vuestro, a un hermano vuestro, un familiar, un amigo, un paisano, uno que jugó con vosotros en la niñez, y va a renovar la maravilla mayor que hizo Aquél en el mundo. Se inclina sobre el altar, toma en sus manos un trozo de pan. ¿A qué vas? (¿Qué vas a hacer?) ¡Oh! Tiene el corazón que le salta, todo el cuerpo le tiembla, se rodea de ángeles, los cielos se asombran, los ¿excelsos? se postran. Dice tres o cuatro palabras y en sus manos no hay pan. En sus manos se ha puesto por primera vez Jesús, Dios y Hombre, con toda su perfección, dones, riqueza, hermosura, como está en el cielo, vivísimo (totalmente vivo). Los ángeles a millares se inclinan ante Él. Las manos de ese sacerdote se convierten en asiento o trono del Señor y en ese trono se sienta el humilde Jesús, le dirige una mirada tierna a ese joven sacerdote. ¡qué mirada! le derrite su corazón y éste de puro gozo comienza a llorar. Todos los que se hallan en el templo adoran humildemente en esas nuevas manos a su Dios, ofreciéndole como la mejor ofrenda las dulces lágrimas que esta maravillosa acción divina les ha obligado a derramar.

¡Oh! ¡Si con esos ojos se vieran las cosas que se ven con los ojos de la fe! Reventaría nuestro corazón, moriríamos, no tendría vigor (resistencia) nuestro débil ser.

Eso es una Primera Misa, una fiesta grande y memorable.

Hoy hace 1913 años, cristianos del alma, que se realizó por primera vez en el mundo una ceremonia como ésta; con el día de hoy acaeció esta maravilla por primera vez en el mundo; en el día del Jueves Santo se dijo la Primera Misa en el mundo.

Ya sabéis cómo hizo esta maravilla Cristo, nuestro Señor. Unas horas antes de dejar su persona en manos de los enemigos, se reunió con todos sus discípulos, en Jerusalén, en un cenáculo grande. Después de cenar, les mostró su última voluntad diciendo que se amasen como Él los amó, les lavó los pies, los dispuso; después tomó un trozo de pan y aquella lengua que hizo las cosas con sólo decir “hágase”, aquella lengua que con decir “resucite” (=reanímese), “cúrese, curó a los enfermos y resucitó a los muertos, habló y también ahora, como antes, hizo lo que había dicho. “Esto es mi cuerpo”- dijo- y ese trozo de pan quedó convertido en cuerpo. Promete además que, si todos los ordenados en su nombre dicen esas palabras, sucederá ese mismo

prodigio. Y también esas palabras se cumplen como todas las demás. Les dice después a los discípulos: “Tomad y comed todos de él” y les da a todos la santa (=sagrada) comunión.

En el día de hoy el primer sacerdote, Jesús, celebra la Primera Misa, realiza (fabrica) ese maravilloso manjar. ¿Para qué? “Manducate ex hoc omnes”. Para que todos comiesen, para que todos comulgasen, todos, Judas y S. Juan, los justos y los pecadores, cristianos. Pero sin pecado (=en gracia), no como Judas.

Para que no sólo comieran los sacerdotes sino “ut sumant et dent alteris” que comieran ellos y dieran a los demás. Tenéis que comulgar todos, cristianos del alma, y con mucha frecuencia, porque el mundo se encuentra con necesidad de la comunión.

He aquí el tema de mi sermón de hoy, para que sirva de provecho...
Ave María...

¿Qué sería el mundo sin sol? Una noche oscura que no se ilumina, todo (estaría) helado, no habría la mitad de las cosas que existen, puesto que a la mayoría de ellas les da su vida el sol y sin él se desharían. Ahora, cristianos del alma, cerrad bien los ojos y mirad mediante la fe a ese otro mundo del espíritu o de las almas. Ese mundo sin la comunión sería como este otro mundo sin sol. Jesús en el altar, esa santa Hostia es para nuestra alma como este otro sol para el mundo y así un sabio de la Iglesia llama a esa santa Hostia “Sol de las almas”.

Ciertamente ¿Qué le hace, cristianos del alma, ese sol de arriba al mundo?. Iluminar, calentar, vivificar, y nacer, crecer y madurar los frutos. Esa santa Hostia es la vida de las almas. “Ego sum...vita”. Yo soy la vida. “Qui manducat hunc panem vivet in aeternum”. Quien come este pan, vivirá siempre. (S. Juan). “Veni ut vitam habeant et abundantius habeant”. He venido para que tengan vida “abundantis” fuerte, como sobrante (=superabundante). “Caro mea est pro mundi vita”. Mi carne es para que el hombre viva.

Además, esa santa Hostia calienta los corazones como el sol de la tierra. “Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi, ut accendatur”. He venido al mundo ¿a qué? “ignem mittere...” a poner (meter) fuego, a quemar, a calentar los corazones, a vigorizarlos, a incendiarlos. “Et quid volo...? y ¿Qué querré sino que los incendie todos, que los caliente todos? ¿Cómo se ha aparecido en estos últimos tiempos el Corazón de Jesús?. Rodeado de fuego, (=llamas) como si quisiera abrasar todos los corazones helados. Por eso la Iglesia le invoca: “Cor Jesu flagrans”, Corazón ardiente de Jesús, “inflama cor nostrum”, abrasa nuestro corazón, quémalo, incéndialo. Además, así como el sol ilumina la tierra, esa Santa Hostia ilumina los corazones, las almas.

“Ego sum lux mundi”. Yo soy la luz del mundo. “In ipso vita erat et vita era lux hominum”. En Él está la vida, dice S. Juan y esta vida es la luz de los hombres. “Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum”. Esa es, dice de nuevo S. Juan, la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. “Qui sequitur me non ambulat in tenebris”. Quien me sigue, quien anda cerca de mí, no anda en tinieblas. “Habitantibus in regione umbrae mortis, lux

orta est eis" (Is. 9,1); a los que vivían en tinieblas les ha nacido la luz. ¿Qué luz es ésta? La Santa Hostia, Jesús. "Surge, Jerusalén- dice él- "quia venit lumen tuum" levántate, Jerusalén porque aquí llega tu luz. "Tunc videbis... et erit tibi Dominus in lucem sempiternam" (Is. 9,5 y 12); ahora verás ... el Señor será para ti la luz que nunca se apagará.

Pues Jesús es, cristiano del alma, esa Santa Hostia, es el verdadero sol de las almas; ésta es la vida de las almas; ésta resucita (reanima) las almas, las fortalece; ésta inflama los corazones, los enciende, los calienta.

Ella derrite los corazones helados, resucita los muertos, ilumina a los que están en sombras, a los ciegos; calienta a los tibios, cura a los enfermos, fortalece a los cobardes, da familiaridad (familiariza) a los miedosos (=tímidos), vigoriza a los débiles, espabila a los flojos, y lo que es más: en ellos hace nacer y madura frutos sazonados, abundantes, excelentes.

"¡O salutaris hostia!"; ¡Oh saludable Hostia! "Salus mundi adveneris"; en verdad tú eres la salud del mundo. ¿Quién, cristianos del alma, no vendrá cada mañana en busca de ese pan milagroso? ¿Quién no comulgará a diario al ver la fuerza de esa Hostia santa, la necesidad que de ella tiene nuestra alma y el deseo que el amado Jesús tiene de estar con nosotros?

Pero ¿de qué manera realiza esa Santa Hostia en nuestros corazones todas esas cosas? ¿Cómo suceden todas esas maravillas en nuestros corazones?... Por medio de la gracia. Hemos dicho que en esta Santa Hostia se hallan la divinidad y la humanidad y las dos en una persona y esa persona es divina; y así recibimos en la comunión la persona divina, recibimos la vida divina, el fuego o calor divino, la luz divina, el ser divino (y) además la humanidad. Y así como, cuando tomamos (comemos) cualquier alimento la sustancia del mismo convertida en sangre se extiende a través del corazón en todas las venas del cuerpo, cuando recibimos (tomamos) esa Santa Hostia, su sustancia -si así puede decirse- esto es, ese ser divino, esa vida divina, de la misma manera que una gran avenida de agua rompiendo la pared o muralla (=presa) se extiende con gran fuerza en derredor, se desparrama en toda nuestra alma hasta donde tiene sitio. Y así esa vida divina, ese fuego divino, ese divino calor y fuerza, esa divina luz va a todos los lados (=rincones) de nuestra alma, a todas las potencias de nuestro espíritu, va a nuestra voluntad, va a nuestro entendimiento, a nuestra razón, a nuestra memoria.

Esa vida divina, cristianos del alma, se mezcla, se une con la balbuciente (=torpe) vida de nuestra alma y la diviniza, la eleva; de la misma manera esa potencia o fuerza divina se mezcla con la flojera de nuestra alma y la fortalece; ese fuego divino se mezcla con el hielo de nuestra alma y lo derrite, lo calienta, lo incendia; esa luz divina se mezcla con esas negras nubes y las disipa e ilumina el alma. Para decirlo de una vez (en una palabra) Jesús tal como es, su ser y su vida se hacen uno con el ser y la vida de nuestra alma y, así como una cerilla encendida arrojada a otro fuego grande se convierte toda en fogata, de la misma manera, cuando Jesús se una a nuestra alma, nuestra vida se convierte en vida de Jesús y así lo tenemos que decir

con S. Pablo “Vivo ego, iam nom ego, vivit vero in me Christus”, vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí.

He ahí (mirad) cristianos del alma, cómo esa Santa Hostia es la vida de nuestra alma, el calor de nuestra alma, la fuerza de nuestra alma. “O salutaris hostia” Oh Hostia saludable, diré de nuevo. “Panis vivus, vitam praestans homini”. ¡Pan vivo que das la vida al hombre! ¿Quién no irá a buscarte siendo quién eres?

Pero, cristianos, bien sabéis que en nosotros además de la vida del alma existe otra vida, vida desviada (pícara), vida carnal, vida terrenal, vida diabólica (del diablo), vida de malas inclinaciones, vida de malos quereres (deseos). En este cuerpo nuestro viven bajas tendencias, malas pasiones, la malvada semilla del camino desviado. También los santos conocieron en sí mismos (=por propia experiencia) esta vida. “Video in membris meis aliam legem repugnantem legi mentis meae”. Siento en este cuerpo mío otra ley contraria a la ley del Señor, otra vida. “¿Quis liberabit me...? ¿Quién me librá de esta equivocada vida?

Así halaqa S. Pablo. Por otra parte S. Agustín nos dice que esa vida de malvadas pasiones le tiraba hacia abajo. Vemos a S. Jerónimo, ya anciano, no pudiendo dominar (domeñar) esa vida de la carne, golpeándose con una piedra para someterla.

Ahora bien, amados cristianos, esta Santa Hostia no sólo fortalece, espabila la vida del alma, no sólo caldea nuestro corazón e ilumina nuestro entendimiento, sino que además debilita esa otra vida de la carne, domina las malvadas inclinaciones, somete las malas pasiones. Cuando se fortalece la vida del alma, esta vida de la carne... se domina fácilmente; pero, cuando la vida del alma permanece enferma, tibia, floja, como hombre sin sangre, entonces, la vida carnal, las malas inclinaciones dominan (se enseñorean). Con esa Santa Hostia la vida del alma se agiliza para vencer a la de la carne.

S. Cirilo nos dice que cuando Jesús entra en nuestra alma somete (rinde) las inclinaciones de la carne, sosiega los malvados enredos de las malas pasiones y corrige esa nuestra tendencia al mal. Por otra parte Alberto Magno nos dice: “Sicut aqua refrigerat ita istud sacramentum ardorem concupiscentia mitigat”. Como el agua mata la sed, así ese sacramento apaga el fuego de la carne.

Cuando Jesús viene a nosotros, se funde con nuestra vida y entonces no nosotros sino Jesús vive en nosotros. “Alter Christus”, se hace como un nuevo Cristo el cristiano que le recibe. “Que se rebele entonces la carne, que se rebele el diablo, no se asustará”. “Nom, timebo mala, quoniam tu mecum es” dirá: No me asustan los enemigos todos, porque Jesús está conmigo. “Omnia possum...”; todo lo puedo con esa santa Hostia, ella reanima mi alma; ella la fortalece... ella la agiliza... ella caldea mi corazón, ella lo enciende, ella lo inflama; ella ilumina todas las potencias del alma, ella santifica mi propia carne, ella somete las bajas tendencias, ella sosiega los malvados enredos de la carne, ella apaga el fuego de las torcidas pasiones, ella renueva al hombre, ella lo diviniza. ¡O salutaris Hostia! ¡Oh, Hostia saludable! ¡Oh, Hostia deleitable! “Deus meus et omnia”. Tú eres mi Señor y en ti tengo cuanto

necesito." Qui manducat hunc panem vivet in aeternum". Comiendo ese pan nada falta; "vivet in aeternum...", nunca morirá, vivirá siempre.

Ahora bien, cristianos del alma, si eso es así, os preguntaré a todos: ¿Ya tenemos necesidad de esa Santa Hostia? ¿Ya quiere Jesús que vayamos a Él?

Hoy hace un año, desde este lugar sagrado, os dije lo que Jesús quiere, lo que Jesús está pidiendo; que está gritando, que nos llama sin cansarse, y desde aquella hora le habréis escuchado una y otra vez. Por eso aquella pregunta está contestada. ¿ya tenemos necesidad de esa Hostia? Grande cristianos del alma, muy grande. ¿Cómo vive nuestra alma? Mal, enferma, bajo pecado, sin poderse levantar de allí; ve los deberes u obligaciones, querría cumplirlos, pero no puede. ¡Eso no es vida! Como el hombre que está en la cárcel encadenado, vive atado por las cadenas de los pecados, de las malas inclinaciones, de las malas costumbres. ¿Es eso vivir? ¡Eso no es vida! Esa vida de Jesús, esa vida divina, ésa es vida, ésa cura la vida de nuestra alma, ésa suelta las cadenas del pecado, de la mala inclinación y entonces hemos de decir que el alma vive con vida divina. Así vivieron los santos.

¿Queréis vosotros una vida así? Tomad esta Hostia santa, comed ese pan divino, "qui manducat hunc panem vivet in aeternum". Quien lo come, vivirá siempre.

Además ¿cómo se halla el corazón del hombre? ¡Oh! Hoy en el mundo el mayor mal (=enfermedad) se halla aquí en los corazones. Los corazones de los hombres están enfermos, algunos muy helados, totalmente endurecidos; otros fríos, tibios otros, y todos flojos (débiles), sin fuerza, sin vigor. Si se enciende (enardece) una mala inclinación de la carne, no tiene fuerza para apagarla, para someterla. Ve la maldad, la querría dejar, pero la carne le tira hacia abajo y, como no tiene fuerza, allá va dando tumbos. Querría dejar las malas costumbres, los caminos hacia el pecado; querría doblregar las malas inclinaciones, querría mortificar su carne... pero ¡ay! No tiene sangre... es compañero de Cristo, es su amigo, querría ser su soldado; pero le asustan los enemigos, se avergüenza de vestirse de esos soldados... ¡oh! Ese corazón está enfermo, es digna de lástima la situación (el estado) de ese corazón: quiere y no puede, quiere y no tiene fuerza, quiere y no tiene sangre. "Aruit cor meum". Se ha secado el corazón...

¿Quieres, cristiano, curar ese corazón? Tráelo todos los días ahí, junto al Corazón de Jesús. "Ecce cor flagrans". He ahí (mira) el Corazón de Jesús en llamas. Recibe esa santa Hostia, come de ese pan; ése funde los helados, calienta (caldea) los fríos, enardece los tibios, fortalece los débiles, levanta a los caídos, sostiene a los que están de pie y a los avergonzados (=vergonzosos) los pone en condiciones de dar frente a cualquiera.

Tenemos hermosos ejemplos (modelos) en todos los tiempos de la Iglesia, especialmente en los primeros años, porque entonces se comulgaba con más frecuencia, porque se comía a diario ese saludable pan. Mirad a tantos millones de mártires: hombres vigorosos y mujeres débiles, abuelos ancianos y muchachos jóvenes, doncellas jóvenes y bien acostumbradas (educadas) (¿maduras?) y niños de la escuela, chicos y chicas de nueve, diez u once años. Miradlos corriendo. ¿Dónde

van? En busca del martirio, en busca de la muerte... ¿De dónde han sacado la fuerza? De ahí (Sagrario). * Esta santa Hostia ha inflamado su corazón, ésa les ha fortalecido... Además, en todos los siglos ha tenido la Iglesia almas vigorosas (espabiladas) que han puesto bajo sus pies al mundo con todas sus locuras, que han entablado dura guerra a esa vida de la carne, que han aplastado y dominado todas las inclinaciones, pasiones y desviaciones y que, aun permaneciendo en este podrido mundo, han guardado la castidad, la pureza, limpísimo el blanco lirio de la virginidad. ¿Quién les ha dado fuerza? "Hic panis de caelo descendens". Ese celestial pan de los ángeles. "¡O salutaris hostia!" ¡Oh, Hostia bendita que también entre espinas haces crecer excelentes lirios blancos! ¿Queréis, cristianos, ser semejantes a ellos? "Accipite et manducate ex eo omnes". Comed todos de él.

¡Oh, cristianos del alma! ¿Cómo vivimos en este mundo? En tinieblas; no vemos o no queremos ver la ley del Señor. Un santo nos dice que el mundo está lleno de lazos y no los vemos; nuestra alma rodeada de pecado y tal vez metida en el pecado hasta los ojos, lamentable situación, no lo vemos y vivimos satisfechos. ¡Oh, qué ceguera! Y ¿por qué? Porque no vamos a ese sol de las almas, porque no comulgamos, "quia oblitus sum comedere panem meum". Nuestro corazón está enfriado, está debilitado, sin vigor, sin agilidad, no vale para nada. ¿Por qué? "quia oblitus sum comedere panem meum" ... La más pequeña tentación nos vence, no tenemos fuerza para aplastar una pequeña tendencia de la carne; si se nos presenta ante los ojos una tentación, no tenemos arrestos para darle frente (=hacer contra, resistir). ¿Por qué? "Quia oblitus sum comedere panem meum". Nos hallamos sin fuerza para llevar una pequeña cruz, no podemos hacer un pequeño sacrificio, no hallamos gusto para (en) hacer algunas buenas obras, nuestro corazón está seco. "Aruit cor meum". ¿Por qué? "Quia oblitus comedere panem meum..."

* Así lo pone Don Antonio.

"Surge et comede". Levantaos, cristianos del alma, quitad pereza; levantaos esa vergüenza (respeto humano); "surge", levantaos, "et comede", comed ese pan sagrado... "accipiti et manducate", recibid a diario ese pan del cielo...

Levántate el que estás dormido (duermes)... levántate el que vives cansado "Surge qui dormis et illuminabit te Christus" ... Levántate, Jesús está llamando: "Comedite panem, meum et bibite vinum quod miscui vobis" ... ¿Quare moriemini? ¿Por qué tenéis que morir teniendo ahí la salud? ¡Oh! Prosternémonos todos y digámosle:

Señor, queremos vivir todavía y queremos vivir para siempre. "Semper da nobis panem hunc". Por favor, danos ese pan. Que nuestra alma viva con la sagrada (santa) Hostia..., funde nuestro corazón, inflámalo... dale fuerza; danos vigor (valor) para despreciar el mundo, aplastar la carne, las pasiones..., ilumínanos para conocer tu voluntad, tu querer, para ver los lazos del mundo, para ver y dejar las ocasiones, los caminos, las tentaciones de pecar, para conocer y odiar el pecado mismo. Sobre todo, danos fuerza para que esta vida de la carne que nos tira hacia abajo, esta vida de malas inclinaciones y pasiones, la dominemos, la pisemos, la matemos, a fin de

que manteniendo la vida del alma... fortaleciéndola, vivamos contigo un día en cuerpo y alma. Amén

A. Amundarain
Escritos inéditos.
Tomo LI. 5. Pág. 1-10